

DISCURSO DE CLAUSURA DEL ACTO DE GRADUACIÓN DE LA VI PROMOCIÓN DEL MASTER EN MATRIMONIO Y FAMILIA

10 de agosto de 2007

Prof. Dr. AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO

¿Qué se puede decir a unos alumnos que han cursado el MMF? Hablarles de la familia es como ir a vender miel al colmenero. Pero seguramente no quedará más remedio que hacerlo.

Quiero darles la enhorabuena. En segundo lugar porque han terminado unos estudios, lo cual siempre es muy grato y digno de encomio. Uds. han hecho un gran esfuerzo y ahora reciben su merecido diploma. No puedo menos que congratularme con uds.

Pero esa enhorabuena se la doy en primer lugar, no por acabar, sino porque en su día empezaron; es decir, porque en su momento eligieron estos estudios, porque entendieron, de verdad, la importancia de la familia. Se nos llena la boca hablando de lo importante que es la familia, pero hay que tener iniciativas serias, algo poco frecuente. En cambio, uds. sí tuvieron una iniciativa, pasaron a la acción. Ustedes, en concreto, vieron perfectamente que era necesario tener una formación específica que les ampliara los conocimientos sobre la familia, los conocimientos de verdad, globales, integradores.

Nuestra querida institución no suele ser objeto de estudio. A veces es objeto de atención (no siempre la necesaria, no siempre la adecuada), pero pocas veces se la estudia. Y ustedes -lo saben ahora, y lo entendieron así antes-, son plenamente conscientes de que la familia debe elevarse también al rango de objeto científico para estudiar a fondo todos los variadísimos aspectos que constituyen su multiforme realidad; para así conocerla tal cual es, en toda su riqueza y en toda su belleza, en toda su amplia fecundidad; para saber también, cuántos problemas se pueden suscitar en su seno, desde su entorno, y cómo solucionarlos mejor.

No basta preocuparse por la familia, hay que *saber* sobre la familia; y eso exige saber aplicar el conocimiento derivado de muchas ciencias cuyos respectivos objetivos están directamente relacionados con la realidad familiar: con la realidad teórica -¿qué es en verdad la familia?- y con la realidad práctica -cómo se comportan y relacionan los miembros de una familia, cómo influye una familia en la sociedad, cómo influye la sociedad en la familia.

Estamos en un momento histórico en el que estas preocupaciones, que ustedes conocen mejor que yo, no son universalmente compartidas. Por ello se habla de crisis. Es un tópico de nuestros días, pero no es por eso menos real y es necesario referirse a ello, aunque con un sentido profundo. Sí, hay crisis, pero ¿dónde? No voy a decir que la familia está en crisis, porque no lo está. Cuando algo está en crisis es porque ese algo no funciona; y es evidente que la familia, en su esencia, funciona. Otra cosa son adaptaciones formales a causa de la mentalidad de época, que son cuestiones superficiales, por más que a veces se presenten como influyentes.

Pero lo que sí hay es una crisis de percepción de la importancia de la familia, de aceptación de sus funciones sociales y de sus exigencias personales. Se dice que la familia es importante, pero se niega con los hechos, y tal crisis lleva a que las personas, las instituciones y los gobiernos, no contemplen la familia como debe ser contemplada.

Se llega al caso, como son estas mismas palabras y tantas otras que, afortunadamente oímos, de que la familia tenga que ser defendida, de que haya que hablar a favor de la familia. ¿Es que hablamos a favor del sol, o a favor del aire, o a favor de la amistad, o de las vacaciones –esto último por señalar algo bueno que nos estamos perdiendo ahora, a mediados de agosto? ¿Es que preferimos otro modelo de sol, o que cambie la composición del aire? No, no es necesario hablar a favor de las cosas buenas, ni se las cambia porque sí: sencillamente se las da por supuestas. Solo se habla de ellas cuando son atacadas. Entonces defendemos el aire – frente a la contaminación-, la amistad –frente al engaño- y las vacaciones

frente al exceso de trabajo o de exigencia laboral. Pero entendemos que estas cosas son males porque atacan algo bueno.

Con la familia ocurre al revés. Todo lo que es malo para la familia se reputa como un bien personal, individual, mientras que la familia aparece como sospechosa porque, se dice, puede limitar la libertad de las personas. Cuando se argumenta así lo que ocurre es que de verdad no se estima que la familia sea un bien, aunque se diga. Cuando se argumenta que la familia es buena para el que la quiera –por ejemplo, “quien no desee divorciarse, no tiene obligación de hacerlo”-, cuando se argumenta así no se puede decir que se entienda que la familia es importante: lo que se entiende es, justamente, que no lo es, y por eso se hace optativa su destrucción. No es optativo destruir los árboles, considerados hoy sagrados, pero sí resulta optativo destruir la familia.

Se pide tolerancia, pero se trata de un falso concepto de tolerancia. Ya se refería a ello, a mediados del siglo XIX, un escritor y teólogo mexicano llamado Diez de Sollano. He conocido a este personaje, para mí hasta ahora desconocido, leyendo un trabajo de otra persona por obligación académica. Me llamó la atención su apellido, que tiene gratas resonancias en esta casa, por ser el segundo apellido -de origen mexicano también- de nuestro segundo Gran Canciller, D. Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, así es que decidí tomar la referencia.

Decía nuestro personaje que lo correcto es tolerar las cosas malas, no se toleran cosas buenas. Pero también en su época ocurrían las cosas al revés. Se preguntaba, Diez de Sollano, hablando de religión, si “en toda

tolerancia civil de religiones, la Religión verdadera ha de correr la misma suerte que las falsas, [porque tal vez corre una suerte] peor, lo que es muy fácil y frecuente”. La conclusión de Díez de Sollano es que no cabe tolerar la religión católica, pues se trata de la verdad, y ésta no puede ser tratada igual que el error: la verdad no se tolera, se acepta como es; el error, sí es lo tolerable.

Ya vemos lo mucho que se ha andado desde entonces, no necesariamente por el buen camino. Si ahora sustituimos religión por familia en el argumento de nuestro autor, tendremos la situación que en muchos casos se da en nuestra época: se tolera la verdadera, la única familia, mientras se legisla continuamente a favor del error; y no solo se legisla, sino que se crean condiciones sociales, ambientales, culturales, en las cuales es muy difícil que crezca en los jóvenes el verdadero amor por la única y verdadera familia, la actitud que debe crecer en esos corazones para que estén dispuestos a aceptar los esfuerzos que conlleva crear y desarrollar una familia, con todo lo que eso significa.

Es muy significativo que las encuestas –perdón por citar las encuestas, en ocasiones engañosas- nos dicen que la familia es la institución más valorada por los jóvenes; sin embargo, esos mismos jóvenes, dicen no tener en cuenta la religión, prefieren y practican el llamado amor libre, no comprenden, ni parecen querer comprender, el matrimonio entendido como compromiso para toda la vida... Ellos, que valoran la familia por la acogida que reciben en ella, no desean, sin embargo, tener hijos.

Todo esto resulta tan contradictorio que nos sentimos tentados de decir que esas encuestas yerran, pero cuando se abren los ojos a la realidad uno se da cuenta de que quizá esta vez sí acertaron. Muchos jóvenes, pues, parecen desorientados e incapaces de hacer un esfuerzo en el sentido correcto.

También parece hoy en muchos casos que el concepto de esfuerzo queda fuera de las actitudes políticamente correctas. Pero en la práctica resulta que hay que esforzarse hasta para cruzar la calle: nada se puede hacer sin esfuerzo. Toda actividad violenta de algún modo a la persona porque es movimiento de una situación hacia otra, es romper la inercia. No se puede desdeñar el esfuerzo: más bien hay que aplicarlo a aquello que vale la pena. La verdadera educación alaba el esfuerzo, la verdadera actitud vital cree que el esfuerzo es necesario para conseguir las cosas verdaderas. El bien sólo se consigue violentándose; lo dice el Evangelio respecto al reino de los cielos: los violentos lo arrebatarán.

Ustedes se han hecho mucha violencia para aprender y seguro que han aprendido más cuanto más se han esforzado; si es el caso, han sufrido menos en alguna asignatura más fácil, que no sé si las habrá en este Máster. Ustedes saben bien lo que estoy diciendo y son igualmente testigos de que no siempre es así en nuestra sociedad donde el esfuerzo se sustituye por la trampa y la corrupción. Pero hasta para eso hay que esforzarse algo.

No permitamos que se tolere el mal, es decir, que se tenga lo bueno como una opción tolerable. El bien debe ser aceptado sin más; se

debe incluso desear, como se desea la lluvia en la sequía. Y la familia es un bien primordial, del que surgen todos los demás, porque la vida misma surge en la familia. El problema es que hoy las inteligencias están tan oscurecidas que no son capaces de ver el bien.

Ya que la verdad y el bien existen, cabría preguntarse si hay derecho a comportarse erróneamente. Pero cuando la misma existencia de la verdad se pone en duda tal pregunta deja de ser relevante, porque si no hay verdad, tampoco hay error. Hoy en día estamos ante un grave problema que nos afecta a todos, reina el orden subjetivo, el relativismo absoluto, donde la libertad es entendida como derecho a todo lo que a uno se le ocurra. En ese mundo de falsa libertad incluso la relación social se hace difícil, porque falta confianza.

Ahora bien, si la familia es *per se*, un mundo de relaciones, el puro subjetivismo es la negación más radical de la familia. En el mundo subjetivo no hay familia; es más, en el mundo subjetivo no hay bien, pues no hay nada que pueda tener valor universal, todo es absolutamente contingente y abocado al fracaso después de un tiempo de falso goce.

A veces da miedo darse cuenta de que nuestra civilización occidental parece haber tocado fondo. Occidente, es decir, la cultura hoy predominante en Occidente, sí está en crisis, no funciona, porque esa falsa cultura no da respuesta a las verdades más profundas de la persona, ni siquiera lo pretende, y se opone a quien lo busca. Por su parte, la cultura científica y tecnológica es, desde luego, más avanzada, pero tiende a resolver sólo problemas materiales; necesarios, desde luego, pero

tremendamente limitados. Es experiencia sobrada que la felicidad no la da el dinero... aunque pueda ayudar, como dice el refrán, pero solo en un marco de valores más amplio.

Nosotros sabemos que la persona es alguien más profundo que sus aspectos materiales y contingentes, y que la familia está en la esencia misma del ser personal. Nada tiene sentido sin la familia. Es necesario, por lo tanto, renunciar a los errores sobre la familia en beneficio de las personas y de toda la sociedad, aunque da la impresión de que en nuestros días, sólo la fe cristiana da respuesta profunda a todas esas cuestiones.

Vuelvo a felicitarles, porque han elegido unos estudios que les pueden ayudar a resolver muchos problemas; es más, unos estudios que les habilitarán para que cada uno desde su sitio, sea un colaborador necesario en la lucha esforzada por darle la vuelta a nuestra crisis cultural.